JUAN ALMELA

ALEBRIJES

A KETTY Y ROBERTO

Quién no conoce en México, a estas alturas, esos seres adragonados y multicolores de cartón piedra, que se consagran, como sólo uno que otro escritor entre nosotros, al bien común, y cada uno de los cuales constituye, al igual que los ángeles (según informa el Aquinatense), un ejemplar único en su género —o en su especie, familia, suborden: ya no recuerdo bien.

El creador de este mundo admirable de los alebrijes ha explicado cómo le nacieron, y nada podría yo añadir a ello, de no ser alguna especulación en torno a la palabra "alebrije" misma, lo cual reservo, sin embargo, para una monografía en colaboración con Joan Corominas y Rafael Cansinos Asséns.

Silvano, el alebrije que vive conmigo, me cuenta de tarde en tarde episodios de la gesta de sus hermanos. Aquí presento dos de esas narraciones, elegidas por ser especialmente conmovedoras. La primera la recordó Silvano hace largo tiempo, al hallar en el periódico la convocatoria a un concurso de relatos acerca del viejo museo zoológico del Chopo. En la segunda de estas historias, los expertos en Quellenforschung *no necesitarán ser informados de que Silvano es lector asiduo de Tito Livio, afición que ni él (Silvano) ni mi amigo Georges Dumézil lograron contagiarme. Vemos, pues, a un alebrije que salva a la Ciudad (un poco por azar, es cierto), luego de que —en la historia inicial— otro alebrije (netamente biófilo) intentó en vano salvar a unos cuantos necrófilos de un fin —netamente— miserere. Erich Fromm murió —me escribe el albacea— ponderando, con sus manitas palmeadas, los elementos de aquel suceso.*

PRIMER RELATO DE SILVANO

> ...cante el herraje supremo del museo —la solitaria, el hipogloso—, y en la caligrafía parda de las etiquetas tantos pecados contra el Espíritu Santo.

POCAS HORAS DESPUÉS de que le encomendaran la vigilancia, el alebrije respiraba hondo en lo alto de una de las torres, luego de inspeccionar a fondo el museo del Chopo. Hacia allá, la estación mugiente y un tramo del puente de Nonoalco. Del lado opuesto, azoteas de la colonia San Rafael. No obstante —suspiró—, un alebrije no puede prever algunas cosas. La concentración de espíritus malignos en el lugar era muy superior a la media, pero el tiempo apremiaba.

Miró hacia la acera, muy, muy abajo, y todo iba bien. De una ambulancia bajaron con cuidado largas bandejas de entremeses, cubiertas con mortajas blancas. Adentro, las bebidas ya estaban en su sitio, al pie del diplodoco. Poco después vio más y más coronillas de necrófilos que confluían en la puerta del museo para asistir a su coctel anual.

Atardecía. La última ojeada a los cerros pelados del norte. El alebrije descendió cauteloso, revisando los hierros. Se detuvo más de una vez a apretar con la uña tornillos flojos. Así llegó sin ser visto a la inmensa nave trímera, alumbrada aún por un fulgor sepulcral desde los encristalados, y por millares de velas, como Janitzio la noche de Difuntos.

A la entrada, un ujier con capucha de verdugo despojaba a los concurrentes de sus metales. El alebrije, agazapado, volcaba un afecto inagotable sobre aquella buena gente. Vaso en mano, se deslizaban por los pasillos, entre los especímenes zoológicos, en grupos cuchicheantes que iban creciendo. Hubo un pequeño revuelo. El recién llegado, luego de echar en el saco que le tendía el sirviente una hebilla, el reloj, un puñado de morralla, de escupir las obturaciones dentales, se negaba a dejar su prótesis parietal de tantalio. El ujier, cortés pero estricto, lo seguía, extendiendo imperiosamente la bolsa de polietileno bien abierta.

—Un ciborg, cómo quiere que se lo diga; soy un ciborg.

—Discúlpeme el caballero, pero sin embargo... tengo instrucciones...

En el pasillo derecho, el ingeniero ojeroso se detuvo en seco y señaló a los demás una vitrina.

—Estoy seguro de que aquí es. El lipúnculo.

—Sipúnculo.

—Lipúnculo.

Varios miraron pero sólo vieron sus imágenes reflejadas en el cristal. El coronel se obstinaba, incómodamente agachado, cejijunto. Chilló su correaje. Vista de lince. Cien combates. Descifraba a duras penas.

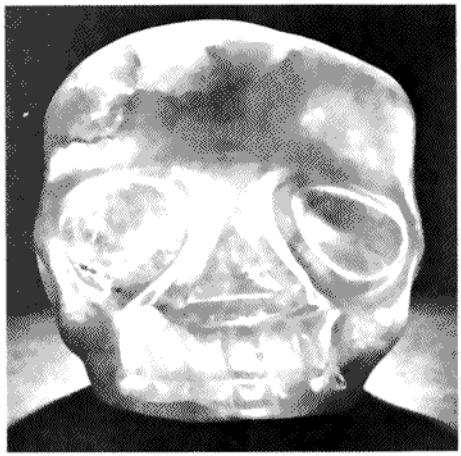
—Lipúnculo.

Corrió un leve murmullo admirativo, que interrumpió la voz aflautada de Matías.

—Por qué te acuerdas, eh, por qué te acuerdas.

Las llamas de los cirios vibraron. El ingeniero se mordía la lengua, con la mirada perdida. Tomó un sorbo.

—Nos trajeron de la escuela. Apuntábamos todo.



Lipúnculo. Yo escribía sobre mi rodilla izquierda levantada, hasta que me temblaba demasiado la pierna derecha. Me dictaba Corina, que llevaba trenzas. Corina, le dije, Corina, yo creo que hoy ya no regresamos a la escuela. Y no, no regresamos.

El ingeniero dejó caer la copa y se cubrió el rostro con las manos. Lo agarraron del hombro, lo empujaron cariñosamente. El grupo planeó en redondo y volvió, a reponer las bebidas. Asomaban los vasos vacíos por delante de las capas cerradas. Callaban. Sólo a momentos se oía el restregón, con o sin chispas, de alguna uña de pie contra las losas ásperas. Se posaron a un tiempo.

El alebrije ya había sido descubierto tres veces, pero se quedaba inmóvil y lo confundían con una pieza expuesta. Vio muchos ojos febriles reconocer a viejas amistades, entabladas al presenciar accidentes, entierros, cremaciones, exhumaciones, y se sintió aún más conmovido. Circulaban los primeros platos: un minúsculo murciélago negro, gelatinoso, en pintura verde; tres galletas de barro de Oaxaca; unas orugas depiladas, retorciéndose despacio aún. Aumentaba el rumor de las conversaciones. Para colmo, desde un rincón oscuro, uno de los necrófilos inició al piano el vals "Íntimo secreto" y al alebrije le entraron ganas de llorar. Pudo aguantarse, no obstante. Es que aquello era emocionante en verdad.

Con los ojos entornados, el ingeniero sondeaba la evocación.

—Es este dulce afán nuestro de devolver la materia organizada a la condición mineral. Freud lo comentó. Lipúnculo. Corina le dije, Corina. Detrás estaba el Garbancéfalo; nos oyó. En fin, todo en esta vida es como arrancarse costras antes de tiempo.

El cigarro, casi consumido, le chamuscaba los dedos, pero él no se daba cuenta y seguía, seguía. Ni se fijó cuando a su interlocutor lo llamó ella desde lejos con un gesto travieso, tendiéndole un pastelillo de pulpa de periódico mientras mordía otro. ¿Cómo resistirse? El alebrije (no sin morbosidad) los acompañó, por encima de las vitrinas de un corredor penumbroso. Pasaron sobre un pequeño charco de sangre. Al fondo, junto a las pulgas vestidas, se abrazaron. En el grupo central, Matías proponía adivinanzas.

—"Se cierra y no se abre ya; y si se abre que nos llamen."

—¡El ataúd!

—Así es, así es. Pero a ver: "Se abre y no se cierra ya; y si se cierra es en balde."

—¿Cómo..? ¡Otra vez, otra vez!

No lejos del cangrejo gigante del Japón, fracturado malamente con la caída cuando el terremoto del 57, los dos se sonreían de oreja a oreja, con los dientes apretados. Luego hablaban muy de prisa, y el alebrije, encima, casi no entendía nada. El la soltó un momento y sacudió las manos quitándoles la salmuera.

—Carnes de espárrago, que diría Lugones.

—Cómo te gusta, ¿no?

A lo lejos se oyó gritar con entusiasmo. Resuelta la adivinanza:

—¡La autopsia!

Se volvieron un momento y en seguida reanudaron su coloquio. Una voz cavernosa los sobresaltó.

—Aprovechen la ocasión.

Es el vizconde que pasa impávido, con el palillo en la boca y un cuero cabelludo arrastrando. Ahora un camarero enlutado.

—Hígado. Arthur Gordon Pym, capítulo X —y acercaba la bandeja.

Dijeron que no sin hacer caso. Escrutaban, interesados, el principio del pasillo, donde se alzaban gritos. El camarero les hizo saber concisamente que cierta dama había rociado de vitriolo a su ex amante. De pronto se oyó un estrépito de cristales rotos. El alebrije corrió desolado por lo alto hacia el lugar. La pareja iba más despacio, abrazados de la cintura. Cuando llegaron, ya le habían aplicado un torniquete al herido, amoratándole el brazo, y el corroído por el vitriolo yacía aparte, entre cuatro cirios. Gretchen, de rodillas, hilillo rojo alrededor del cuello, le derramaba ginebra en el rostro, procurando no inclinarse casi. El repetía, maquinal y tranquilo:

—Qué horror, Dios mío; nunca lo hubiese creído. Qué horror, Virgen Santa.

—Abre los ojos, anda, para que te los cure.

—Muérdeme.

—No puedo agacharme.

—Why?

—Se me cae la cabeza, ¿no te acuerdas, cretino?

—Sí, claro, de todo: tu mamá enteramente grifa, Valentín trasverberado, el neonato frito con chorizo. Etcétera.

Abrió los ojos un segundo.

—¿Qué animal asqueroso es ese que asoma ahí arriba?

Gretchen se levantó renegando y fingió leer, sujetándose las sienes. El alebrije, observado, contuvo el aliento.

—Iguana. Iguana jaspeada de Madagascar.

—¿Nombre binario?

—*Ranavalona versicolor*, var. *panica*.

—Gracias. Hubiera jurado que era un alebrije.

—Cómo puedes creerlo.

El alebrije respiró de nuevo. Entre el murmullo alegre se oyó otro tren que partía de la estación cercana. Luego, las primeras gotas en los ventanales. Los presentes aullaron y palmotearon gozosos.

—¡Tendremos relámpagos!

—¡Caerán rayos! ¡Habrá truenos!

En efecto, el primero, profundo, interminable, retumbó sacudiendo las vidrieras, los especímenes, las vísceras. Allá a la izquierda una vela cayó sobre el sarcófago donde la señora Isaura Alcoforado llevaba muchas décadas expuesta a la curiosidad escolar. Primero escurrió sebo. Después la cosa se fue animando. Nadie lo notó. La cálida voz del coronel, apenas aguardentosa, se impuso al regocijo.

—...solvet saeclum in favilla.

Frente a un gato erizado de patas supernumerarias, dos corderos veloces se encontraron, se cruzaron, se trabaron. Allí estaban, disecados. Crujió levemente la momia de la señora al encenderse. El alebrije husmeó de pronto y se santiguó. Las parejas, con disimulo, se mordían despacio las orejas, hasta que los colmillos se encontraban, con un ruidito. Más sentido que oído. Ella sacudió la cabeza, con cierta impaciencia.

—¿Qué es eso que todos los años canta el coronel, de David y la Sibila?

—No lo sé con exactitud. Tú hazle coro como los demás.

Se limpió la boca con el dorso de la mano. Reflexionó.

—Esta tonada está en Berlioz, en Liszt, en Rajmáninov, en Chaikovski, en una sonata para violín solo de Ysae, en...

—Huele a quemado.

—Es lógico.

El alebrije, preocupadísimo, saltó a otra vitrina.

—Oye.

—Qué.

—Ya no está la iguana de Madagascar.

—Qué bueno.

Mientras el alebrije aterrado trataba de despertar a los camareros y al ujier abrazado a su bolsa de polietileno, muertos de borrachos, una corola de llamas rodeó la puerta, cerrada con trece vueltas de llave. Entre el estruendo de aguacero resonaron alaridos de entusiasmo. Los necrófilos, agarrados, danzaron en corro dos minutos. Uno, convulso de risa, cogió un paquete de servilletas y corría como si vendiera el periódico.

—L'incendie du Bazar de la Charité! Quatre-vingts trente dix-sept morts!

A decir verdad, faltan datos para hacer una descripción satisfactoria, pero algo se sabe. Parece que a las ocho y veinte ardió el ingeniero. Añadió algunas palabras y cayó. Gracias a los truenos, los incendios parciales se multiplicaban y se iban dando las manos a través del museo. Subía una nube impenetrable de humo y de polillas. Una necrófila elegante corrió riendo hacia las llamas.

—¡Viuda hindú! ¡viuda hindú!

El alebrije, empapado, arañado al buscar una salida, marcaba en el teléfono de la esquina números



que pudieran ser de los bomberos, 01, 02; por el 03 le dieron la hora exacta.

Aporreaban el piano encendido, otros parodiaban solemnemente a los cátaros de Montségur. Guiado por Gretchen, el envitriolado se internó por un corredor sin salida, dando en el suelo con un bastón blanco. Los que sabían volar lo hicieron. Los demás trepaban por los muros, reptaban carcajeándose por las vidrieras. Sonó el estallido del cráneo a presión de otro necrófilo, y la voz estentórea del coronel, encaramado al espinazo del diplodoco.

—¡Seis!

Hervía el formol, la tinta de jibia brotaba espumeante de los frascos. Afuera, a pesar de la lluvia, una multitud vociferaba ante el gran edificio lleno de lumbre y vapor oloroso, y alzaban puños coléricos.

—¡Abajo la literatura decadente!

—¡Realismo socialista!

—¡Mueran los hamburgueses!

Diez veces penetró el alebrije por una rendija y otras tantas retornó con ejemplares zoológicos inapreciables que encomendaba a la policía. Luego ya no volvió. Las piezas salvadas pueden disfrutarse en el nuevo museo de historia natural de Chapultepec, pero ni una sencilla inscripción conmemora la hazaña del alebrije.

Ardía el museo del Chopo en toda su extensión. Para los sobrevivientes, subidos a las vigas más altas, adentro, el espectáculo era espléndido y sofocante. Por fin se derrumbó el esqueleto descomunal del diplodoco, y el coronel, tosiendo frenéticamente, desapareció en un soberbio remolino de chispas. Adherido con su ventosa dorsal a la techumbre ardiente, Matías garganteaba gritos alpestres. En el hondo valle anaranjado lucían al unísono osamentas al rojo vivo, hileras de loros sobre ramas de brasa, zarigüeyas con el marsupio rebosando granates, pecheras centelleantes de pingüinos impecables, entre oleadas incandescentes de caparazones, pelajes, alas, escamas, bigotes. Desde la torre

donde el alebrije descansó por la tarde, un necrófilo bromista llamaba melancólicamente a la oración, en árabe, sin atender a los insultos del pueblo.

Ella, sentada en un travesaño caliente de la cima, sentía en la espalda la llovizna placentera que entraba por un vidrio roto y contemplaba la hecatombe. Dejó la copa a un lado.

—¿Tienes cigarros?

—No.

—Mira aquel lagarto abajo. Parece como si estuviera vivo.

SEGUNDO RELATO DE SILVANO

—Es evidente, pues, que la Madre Tierra exige de nosotros el más doloroso sacrificio, para dejar de azotar a nuestra Ciudad con plagas, concusiones, polacadas, etc.

Dicho esto, el Primer Ministro, fruncido el seño, quebró el denso cilindro de ceniza de su puro y paseó la mirada por el Gabinete consternado.

Hacía meses que en la Plaza del Arhat se había abierto espontáneamente una grieta ancha e insondable. Era horrible de ver, trastornaba la circulación y, en general, ponía de mal humor. Se realizaron indagaciones geológicas, unas aburridas, otras espeluznantes; estériles todas. Por fin, ante el fracaso habitual de la ciencia, fueron recordados los valores espirituales y se hizo algo de luz.

Las calamidades se multiplicaban. Cundían padecimientos ingratos e inconfesables, escaseaban los víveres y por supuesto los ungüentos. En los parques deshojados en pleno verano, niños caducos, progéricos, sentados en hormigueros, se rascaban sin tregua los sarpullidos, chillando lamentablemente, y sus madres encallecidas no les hacían caso, afanadas como estaban arrancando a los árboles tiras de corteza en busca de grandes insectos planos, para ensartarlos en una aguja de tejer, arrancarles las patas una por una y al fin achicharrarlos con el cigarro, mientras sus lindos rostros ajados se crispaban en un rictus sañudo. Se incendió la gran fábrica de papel tapiz y los ciudadanos masticaron pavesas arsenicales muchos días.

Los actos sacros corrientes no dieron resultado alguno. En barracones precarios, sobre el Ayuntamiento, fueron congregados entonces doscientos ascetas arrancados a todos los cenobios del país, para que hicieran penitencias inauditas, masticaran cubreobjetos, se sacaran sangre cantando himnos atonales dificilísimos. Pero la grieta seguía abierta.

—Sin embargo, recordemos lo de Mr. Shapiro...

El Primer Ministro fulminó con la mirada al Ministro de Turismo.

—Mr. Shapiro no se tiró a la grieta. Se cayó o, más bien, lo empujaron. No es lo mismo, y bastantes dolores de cabeza nos ha traído ese accidente. Es ostensible, repito, que se requiere un sacrificio voluntario, de preferencia irreparable. Que la Ciudad ofrende lo más valioso que posea. Sólo así se cerrará la grieta.

—Es que todo eso de la Madre Tierra, esas extrañas precisiones...

—Las tengo del Sumo Sacerdote de Setebos, ausente hoy de aquí por equis urticaria. No es cosa para ser discutida. Así es y basta con que yo lo diga.

El Ministro de Economía tartamudeó aún.

—Tal vez el relleno de argamasa. Tal vez, digo. Ofrecen gratis los primeros cien cargamentos, ya no cincuenta. O la cubierta de plástico reforzado...

—¡Basta! —tronó el Primer Ministro empurpurado— ¡no más tecnología! ¡Espiritualidad es lo que hace falta! ¿Quién iría a pisar esa repelente cubierta amarilla recordando su costo para el estado y lo que había (o más bien no había) debajo? Eso, si llegara a instalarse sin percance, lo cual dudo. Que se publique el bando.

Dos madrugadas después, el joven heredero Empédocles, luego de derribar varios semáforos, desapareció estruendosamente en la sima, al volante de su automóvil color salmón. Por la mañana, mientras se intentaba determinar con instrumentos de precisión un posible angostamiento de la grieta, corrió otra noticia patética: había acompañado al héroe su dulce novia Esmegma. Subió de las profundidades de la tierra un rumor inédito y fue proyectado al exterior con rara violencia un zapato varonil puntiagudo. La desolada madre lo reconoció en el acto.

Cerca, en el barrio viejo, los habitantes de la sórdida construcción conocida como el Iscariote seguían su vida ordinaria. Misteriosamente libres de epidemias y zoonosis, prosperaban a ojos vistas. Pasaban gran parte del tiempo insultándose. Todo eran gritos y alegres portazos. Pero las cuchilladas sanaban bien y cada tercer huevo que ponían las gallinas era de plata.

Alrededor de un patio con lavaderos se apiñaban las viviendas. Unas costureras. El agiotista armenio. La viuda gorda del ocho con todos sus hijos, las familias de ebrios consuetudinarios, la terraza del pajarero. El saxofonista incansable. Algunos estudiantes de capa y espada. La ventana llena de jaleas puestas a cuajar. En el zaguán, una librería de viejo, pilas de revistas y de polvo. El quinto y último piso estaba condenado. Allí el propietario del inmueble acumulaba trebejos. Pero el propietario había desaparecido quién sabe cuándo y nadie lo echó de menos.

Formando innumerables planos verticales, superpuestos, nunca paralelos, el eterno laberinto de ropa tendida en un aparejo infinito de cuerdas y poleas. La ropa mojada llovía sin cesar en el patio a media luz, y aquellas escurriduras despertaban blasfemias tremendas entre las lavanderas y los que pasaban. Arriba, de cocina a cocina se trocaban improperios y siempre había música guerrera en varios lugares a la vez, sin contar el saxofón, que lo envolvía todo.

No tenía buena fama el Iscariote en el rumbo. Se decía, con cierta razón, que lo habitaba gente de armas tomar, impredecibles lábiles y agresivos. Malhechores, precisaban los escarmentados. Impíos, recalcaban las acllas. El caso es que desde el atardecer los escasos transeúntes cambiaban de acera y pasaban aprisa por enfrente.

Alrededor del Iscariote la desgracia seguía cebándose en la Ciudad. El arcipreste de los ascetas presentaba su dimisión todas las doce horas y cada vez

resultaba más caro disuadirlo. Se esbozó el programa de un gran desfile propiciatorio en que los santos varones exhibirían públicamente sus méritos. Partirían del Templo de Setebos y recorrerían despacio, flagelándose, el Bulevar del Muérdago hasta el lugar consabido. Allí penarían ante el pueblo y tal vez alguno, en un rapto de inspiración... Pero se le iban dando largas al proyecto, pues el fervor popular andaba por los suelos.

Transcurrieron semanas. Noche tras noche, lo mejor de la juventud se precipitaba al abismo heroicamente, sin advertírselo a nadie y, por desgracia, sin fruto. El Primer Ministro y el Sumo Sacerdote de Setebos matizaban ya su opinión extremosa, empezaban a inclinarse hacia soluciones tenaces y sufridas. De las bardas se iban borrando los ardientes llamados al sacrificio.

Aún se veían conmovedores espectáculos, emocionantes ceremonias privadas. De cuando en cuando, la hermandad de los traficantes realizaba una venta piadosa alrededor de la grieta. Sudaban todo el día, sentados junto a sus puestos de pepinos rugosos, camisetas con el retrato de William Law y tubos de pasta dental en oferta, llenos de nitrógeno. Por la tarde, mientras eran arriadas las banderas, ofrendaban a la Madre Tierra media carretilla de moneditas verdosas que caían al silencio pavoroso de la sima.

Finalmente todo se tuvo por inevitable, lógico y hasta conveniente. Cada ciudadano llevaba un rascador de latón (los había de marfil) para sosegar con frecuencia sus escozores. Cesaron los suicidios nocturnos en el abismo de la Plaza del Arhat; es que ya no circulaban vehículos. La Ciudad se arrebujó en su tristeza y la gozaba a fondo. Patrullas enmascaradas recorrían las calles casi desiertas, al acecho del inevitable histérico que se lanzaba al arroyo clamando incoherencias y desollándose con las uñas sucias. Le aplicaban un inhalador de anestésico, se descubrían a su alrededor mientras recitaban la azora del día, y lo deslizaban por una alcantarilla.

Aquella noche, como de costumbre, el Primer Ministro leía sutras en la cama. Iba a apagar la luz cuando lo sobresaltaron cinco golpes nerviosos en la puerta, con cierto ritmo. Fue terrible. En el salón, el arcipreste, con los ojos en blanco, echaba espuma por la boca, en un formidable trance espiritual. El Sumo Sacerdote de Setebos le enjugaba la cara, le secaba la baba, le aplicaba al buche la mano fría. Al entrar el Primer Ministro, el poseso se levantó con violencia y lo agarró de las solapas de la bata.

—¡Setenta y tres días! ¡73 días llevan mis muchachos cantando, sin comer más que mica! ¿Y el gobierno? ¡Nada! ¿Y de la ceremonia? ¡Nada!

Al Primer Ministro se le nublaron los ojos de lágrimas. Sorbió por las narices largamente, liberándose con dulzura.

—Es verdad. Comprendo. Es que... la situación que atraviesa la nación... Imploro perdón. Todos volverán a sus ermitas y tebaidas. Se les condecorará. Se les indemnizará, aunque el Tesoro está vacío... Por el momento, voy a ordenar que les manden mameyes ahora mismo. Hay bastante mamey.

El arcipreste volvió a prendérsele.

—¡Mamey, claro; mamey! ¡Y el Tesoro! ¡Qué nos importa eso..! ¿Y el acto, la ceremonia, la expiación, la procesión? ¿Y la vergüenza colectiva, ostentada con gloria?

Fue difícil aplacarlo. Hubo que prometerle, entre otras cosas, que el acto público, previsto pero olvidado, se realizaría en cuanto el pueblo estuviera debidamente motivado. Por último se retiró, calmado ya, sonriendo y guiñando el ojo. El Primer Ministro, a solas otra vez, salió al balcón pues se le había ido el sueño. Aspiró el raro olor fresco de la noche y su mirada vagó sobre los techos de la Ciudad negra y sincrética. Ignoraba que allá, en un lugar, en uno solo, reinaban la salud, la abundancia y el furor, como por efecto de un talismán desconocido. Murmuraba el Ministro, muy agitado:

—Cabrón de viejo...

Un domingo a mediodía, el pajarero del Iscariote regresaba con un cargamento sujeto a la frente. El gran bloque de jaulas, a su espalda, obstruía la escalera. Antes de alcanzar el tercer piso se encontró con la sirvienta del doce, que bajaba. Presa de repentina pasión, Papageno —pues tal se llamaba— se apresuró a su encuentro. Ella retrocedió, carcajeándose soezmente, pero él no le dio tiempo de entrar en casa. Envuelto en una algarabía embriagadora de bulbules subió, subió, empujado por la inercia y el amor. La criada llegó a lo más alto de la escalera, donde las habitaciones clausuradas. Quizá por prolongar el juego, pretendió entrar en una. Para sorpresa suya, la puerta cedió con una queja.

Los moradores del Iscariote quedaron helados por primera vez en su vida al oír el alarido de la sirvienta. Se apagaron los fuegos y aun el saxofón titubeó. Papageno, sin reparar en nada, la abrazó con frenesí y vio pasar a su lado algo veloz, algo verde, azul, rojo y escamoso, que se precipitó escaleras abajo.

El alebrije, botando de muro a muro, desembocó en el patio en un instante, erró el camino y tomó para la izquierda. Varias lavanderas, ya repuestas, lo acosaron a escobazos, no todos perdidos. Desde una ventana le volcaron una olla de caldo hirviente. Pedradas. Se oían voces pidiendo que cerraran el zaguán. Un tiro. El alebrije enloquecido dio varias vueltas al patio. Por fin, tomando impulso en un lavadero, se abalanzó hasta la calle con un brinco imposible y desapareció.

A los lados del Bulevar del Muérdago, la multitud enlutada esperaba el cortejo de los anacoretas penitentes, entre un sordo redoble de tambores destemplados. Alguien sin duda fue el primero en advertir aquel punto lejano que se acercaba vertiginosamente por el medio de la calle despejada. A pesar de la depresión general, se elevó un murmullo enorme. Todos lo vieron pasar. No hubo dos que vieran lo mismo. Al llegar al filo de la grieta maldita, el alebrije saltó muy alto. Sangrante, se abrazó en el aire las rodillas escaldadas, describió dos rizos perfectos y desapareció en las entrañas de la tierra. Tembló el suelo. La Ciudad había entregado lo mejor que tenía.

Con un mugido solemne, la sima se cerró.